



Artículo: Entrevista a Charles Hale

Autor(es): Salmeron, Alicia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 52

Año: 1998

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia. "Entrevista a Charles Hale" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 52 (1998): p. 29-36. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3914>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ENTREVISTA

Entrevista a Charles Hale

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Hace unos meses, en octubre del año pasado, tuvimos la oportunidad de entrevistar al profesor Charles A. Hale, en visita a nuestro país con motivo del merecido homenaje que El Colegio de México organizó en su nombre. Historiador de las ideas de América Latina, ha hecho contribuciones muy importantes para la historia de México. A más de numerosos artículos, sus dos libros, El liberalismo en la época de Mora, 1821-1853 y La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX, han reinterpretado la historia del pensamiento liberal en nuestro país y se han convertido en textos clásicos.

Charles A. Hale nació en Minneapolis, Minnesota; hizo estudios en Amherst College, en las universidades de Minnesota, en la de Estrasburgo y en la de Columbia. Por más de treinta años fue profesor en la Universidad de Iowa, y ahora, ya jubilado, continúa sus trabajos de investigación, siempre preocupado por el mundo de las ideas en Latinoamérica. Vino a México por primera vez en 1949, gracias a un intercambio de estudiantes. A partir de entonces sus visitas han sido frecuentes y muy fecundas. Quienes hemos tenido la oportunidad de conocerlo, de disfrutar de su saber y sencillez, no podemos menos que desear su pronto regreso.

Quisiéramos comenzar esta entrevista preguntándole ¿cómo se interesó usted por la historia de México, específicamente por el siglo XIX y el pensamiento liberal mexicano?

Quando era estudiante, me trajo a México el interés por el idioma español y, para aprenderlo mejor, estuve viviendo un tiempo con una familia en la ciudad de Morelia, Michoacán. Mientras estudiaba la licenciatura, me interesé por la historia mexicana y llevé un curso sobre el tema, aunque fue un poco superficial. Para mí tesis de licenciatura decidí estudiar la figura de Ignacio Comonfort y el papel de

los moderados en la historia. Pero también me interesaba la historia francesa y, después de graduarme, opté por continuar mis estudios en esa dirección. Gané una beca para ir a Francia y, gracias a ello, pasé un año en Estrasburgo, entre 1952 y 1953. Escribí entonces un trabajo sobre las ideas políticas en esa ciudad durante el año de 1789, pues me interesaba mucho el proceso de transformación de las ideas políticas y, en especial, las de la revolución francesa.

Al volver a Estados Unidos, por razones difíciles de explicarme a mí mismo, decidí retomar mis estudios sobre México. Como quería continuar haciendo his-

toria de las ideas abordé el problema de la influencia de la revolución francesa en México, en las ideas políticas. Así, dediqué mi tesis de posgrado al estudio del llamado problema de la independencia en el pensamiento mexicano, tratando a una serie de figuras, entre ellas a Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán. Pero, en ese momento, todavía no tenía yo una interpretación propia sobre el tema. Seguía las ideas de Justo Sierra y la visión oficial de la historia del siglo XIX, de acuerdo con las cuales el liberalismo representó un impulso para cambiar la sociedad y para implantar la democracia, mientras que el conservadurismo se limitaba a defender la herencia española.

Cuando intenté publicar mi tesis no tuve éxito, pues era un trabajo bastante convencional. Pasé años repensándolo y leyendo nuevas cosas. Por ejemplo, leí el famoso libro de Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, y vi en él la posibilidad de encontrar continuidades a nivel estructural entre el viejo régimen y la revolución, y pensé que esta idea podía aplicarse a México. También releí los libros que había utilizado para la tesis. Y aquí debo hacer mención a una deuda con Moisés González Navarro, a

quien conocí en aquellos años y quien me invitó a escribir una reseña crítica de *El liberalismo mexicano*, de Jesús Reyes Heróles, para ser publicada en *Historia Mexicana*. Era el momento en que yo reflexionaba sobre el tema y, con esta reseña, comencé a apartarme de la interpretación oficial. Así, después de diez años de reflexión y lectura, reelaboré mi tesis de doctorado, que se publicó bajo el título de *El liberalismo mexicano en la época de Mora*. Desde entonces, he pasado mi vida estudiando las ideas políticas y sociales no sólo de México sino de toda Latinoamérica.

Siguiendo la idea de las lecturas que orientaron su quehacer histórico ¿cuáles considera usted que son las obras con las que se ha formado su generación y las que más influencia ejercieron en usted?

Responder a esta pregunta me resulta un poco difícil, pues como estudiantes leemos muchas cosas, pero con el tiempo nos especializamos y nuestras lecturas se van restringiendo a nuestro campo de trabajo. Puedo hablarles de cuáles libros han sido importantes para mí.



En cuanto a las obras que me orientaron en el estudio del liberalismo —aparte del texto de Alexis de Tocqueville que influyó mucho en mí—, desearía mencionar a un autor francés. Me refiero a Élie Halévy, quien escribió un libro fantástico sobre el pensamiento británico, que se titula *El desarrollo del radicalismo filosófico*. Lo considero muy importante, pues se resistió a la tendencia marxista, es decir, que no concebía las ideas únicamente como parte de un contexto social o como expresión de intereses de clase. Además, intentó encontrar las contradicciones que se daban dentro de una idea o un conjunto de ideas. Así, en el caso del liberalismo, señaló la existencia de un Estado fuerte en lo político —elemento necesario en su enfrentamiento con las corporaciones—, pero al mismo tiempo limitado en el plano económico. Esta propuesta, entre otras cosas, que aprendí de Halévy, fue muy importante en mi forma de acercamiento al liberalismo. Eso en cuanto a las obras clásicas.

Me referiré ahora a los libros que utilicé para mis cursos en la universidad, aquellos que me han resultado útiles. Por un lado, especialmente para las clases de posgrado, recurro a la obra de Marc Bloch, titulada *Introducción a la historia*, en la que trata la relación del pasado con el presente e introduce los problemas de la investigación histórica, como el uso de las fuentes. De autores mexicanos siempre incluyo el libro de Luis González, *Pueblo en villo*, que tiene una idea muy importante acerca de la historia local. Este texto fascina a los estudiantes norteamericanos por el sentido tan arraigado que tiene el autor de su lugar de origen —aun cuando se trata de una persona que ha vivido en la capital y formado parte de grandes instituciones. Como mi curso es sobre historia de América Latina, son también muy importantes libros como el *Facundo*, del argentino Domingo Faustino Sarmien-

to, o, más contemporáneo, el trabajo del brasileño Euclides da Cunha, *Os sertoes*, que trata el problema de las rebeliones milenarias en el centro del país. A otro nivel, hay una autora chilena más actual, y que encuentro también fascinante, de la que me sirvo mucho en mis cursos: Isabel Allende. Su novela *La casa de los espíritus* y su reciente autobiografía resultan interesantes, pues además de tratar los problemas de su país, nos permite acercarnos a experiencias tan difíciles de comprender como el exilio.

En alguna ocasión mencionó la influencia que Frank Tannenbaum y Richard M. Morse han tenido sobre su trabajo histórico. ¿Podría hablarnos un poco sobre ello?

La influencia de ambos la recibí a través de sus escritos, una vez que terminé mis estudios universitarios. De Tannenbaum, cuyos intereses son muy distintos a los míos, pero me dejó libre para perseguir mis propias inquietudes, me impresionó la importancia que otorga a las continuidades en la historia mexicana, idea que él tomó de las interpretaciones de Andrés Molina Enríquez. Por otro lado, los trabajos magníficos de Morse sobre la herencia cultural e ideológica medieval en Latinoamérica fueron para mí un reto cuando empecé a repensar el liberalismo. Me forzaron a demostrar que el pensamiento liberal mexicano del siglo XIX no era una aberración respecto de su trayectoria tradicional. Me parece que Morse seguía un poco la interpretación de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

¿Cómo han interpretado la historia del siglo XIX mexicano los historiadores de origen europeo, norteamericano y americano que han escrito en las últimas décadas? ¿Considera usted que existe una

tendencia clara o un tema especialmente polémico en torno al siglo XIX en México?

No estoy seguro de que valga la pena persistir en la distinción entre historiografía norteamericana, mexicana o europea sobre México. Claro que en la historiografía de cualquier país existen diferencias entre las interpretaciones hechas desde adentro y las elaboradas desde afuera, pero actualmente hemos llegado a un nivel de profesionalización que ha convertido a la historia de México en una cuestión verdaderamente internacional. Para citar ejemplos, podemos referirnos al campo de la historia regional. Este tema ha sido muy tratado por los norteamericanos: Gilbert Joseph y Allen Wells han escrito sobre Yucatán, Mark Wasserman sobre Chihuahua y Peter Guardino sobre Guerrero. Pero sobre el mismo aspecto contamos con los trabajos de Friedrich Katz (quien es de origen austriaco) o Marcello Carmagnani (historiador italiano), así como de autores mexicanos como Romana Falcón, quien investigó la política en San Luis Potosí y Coahuila. Otra tendencia muy importante —y que afecta directamente mi trabajo— es el estudio del “discurso” que va más allá del ideario de las elites para penetrar en las ideas (y su construcción social y política) de las clases populares. En este campo dos historiadores importantes son Florencia Mallon (estadounidense) y Guy Thompson (inglés), con su enfoque sobre el “liberalismo popular”. Otro tema de gran relevancia es el de la “representación” o el análisis de cómo y por qué medios los grupos dirigentes se presentan en el mundo. Pienso en el reciente libro de Mauricio Tenorio sobre la imagen de México en las ferias mundiales del siglo XIX. Éste es otro ejemplo de la internacionalización de la historiografía, pues se trata de un historiador mexicano cuyo libro es producto de una tesis doctoral presentada en los Estados Unidos. Y

debo mencionar también los excelentes trabajos de David Brading (inglés) sobre la cultura política mexicana desde la colonia hasta el siglo XIX. Aunque su método es distinto del mío, he sacado mucho provecho de esos trabajos.

En cuanto a las polémicas, la que salta primero a mi mente es el intercambio sostenido en los años 1988 y 1989 entre Alan Knight (inglés) y François-Xavier Guerra (francés). El primero acusó a Guerra (no con toda justicia) de mostrar una cierta antipatía frente a la “cultura política moderna”, es decir, a la democracia liberal de 1857 y a la propuesta de Francisco Madero. Esta polémica representa quizá el conflicto de dos tendencias historiográficas, la de la *British labor history* y la historiografía antijacobina francesa de François Furet.

En suma, con estos ejemplos resulta claro que existen diversas tendencias, y muy internacionales, en el tratamiento de la historia del siglo XIX en México.

Sus estudios de historia de las ideas en América Latina muestran procesos paralelos en la recepción y adaptación de las ideas europeas en diferentes países de este continente. La influencia europea resulta innegable, pero siempre queda suspendida una pregunta acerca de la comunicación que en el siglo XIX sostuvieron los intelectuales latinoamericanos entre sí: ¿no hubo tal comunicación o fue tan escasa que no aportó nada al pensamiento de los grupos dirigentes de estas naciones?

El intercambio de ideas entre las naciones latinoamericanas en el siglo XIX, en particular de las más alejadas entre sí, como podrían ser México y los países de América del Sur, fue escaso. Sin embargo, lo hubo. En los años inmediatos a la independencia, cuando todo el mundo hablaba de América, se dio alguna comu-

nicación, especialmente entre los intelectuales latinoamericanos que se encontraban en Europa. Pero, a partir de 1830, se inauguró una época muy nacionalista, en que los países del subcontinente tuvieron muy poco contacto entre sí. Algunos se encerraron en sí mismos más que otros, y se cerraron incluso a las ideas europeas. Un enfoque comparativo permite ver las diferencias de apertura en varios países de América Latina frente a las ideas que venían de fuera. Por ejemplo, es muy impresionante el hecho de que los pensadores argentinos de las décadas de los años veinte, treinta y cuarenta, estuvieran al tanto de las ideas francesas más nuevas, también de algunas españolas y, aunque en menor medida, de las inglesas. Sería quizá porque Buenos Aires tenía un intenso contacto comercial con Europa. En cambio, esas nuevas corrientes europeas no tuvieron ningún impacto en México en los años treinta; fue Mariano Otero quien, más tarde, introdujo algunas de ellas. México tiene una historia muy encerrada durante la primera mitad del siglo xx. Durante el porfiriato, en cambio, hubo bastante comunicación con Europa. Pero respecto del contacto entre los intelectuales mexicanos y los del resto de Latinoamérica, creo que sólo tuvo cierta importancia hasta más tarde, durante la época de la revolución mexicana. A pesar de que los mexicanos creían que por su experiencia revolucionaria su historia era completamente distinta de la de los demás países latinoamericanos —cuando hubo, por ejemplo, impulsos democráticos comparables en Argentina y en Chile—, tuvieron un contacto importante con intelectuales latinoamericanos entre 1912 y 1914. Antiguos integrantes del Ateneo de la Juventud —formado a finales del porfiriato—, como José Vasconcelos, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, mantuvieron una comunicación importante con figuras como

Juan Andrés Benavides, del Perú, y Mariano Gálvez y Ricardo Rojas, de Argentina, en torno a una revista que publicaba García Calderón desde su exilio en París, llamada *Revista de América*. Todos ellos escribieron en esta publicación y compartían un sentido de lo latino en contra de la dominación ideológica anglosajona. Aquél fue un momento importante de intercambio de ideas entre los intelectuales de América Latina.

Continuando con la propuesta de acercarse a la historia de las naciones latinoamericanas desde una perspectiva comparada, cómo se podría explicar el hecho de que en México se adoptara un liberalismo mucho más radical que en otros países (en lo político y en la cuestión clerical).

Es muy cierto que el liberalismo mexicano de la época de la reforma —que no el de José María Luis Mora, de la década de los treinta— fue radical en su posición frente a la Iglesia. Su anticlericalismo fue mucho más extremista que el que tuvo lugar en Francia o España. El enfrentamiento con la Iglesia tampoco constituyó un problema de inicio para los liberales argentinos y chilenos, y cuando tuvo lugar, hacia la década de 1880, no alcanzó las magnitudes que experimentó el conflicto en México. Por otro lado, el liberalismo mexicano también fue radical en su temprana adopción del sufragio universal, aunque introdujo el mecanismo de control de las elecciones indirectas.

Creo que el radicalismo de la Constitución de 1857 y de la reforma en México se debió, en parte, a la influencia de la Francia del cuarenta y ocho y el jacobinismo francés —si bien, en otros aspectos, los liberales mexicanos habrían de seguir el modelo del imperio napoleónico, que fue más conservador. También se explica por

una herencia colonial, la borbónica, que adoptó una política anticlerical.

En cambio, las tradiciones liberales inglesa y estadounidense son distintas de la hispánica. Cuando en clase abordé el conflicto de la separación entre el Estado y la Iglesia en México, tengo que explicar a mis alumnos que la situación es distinta de la norteamericana. Por ejemplo, en la catedral de la ciudad de México —de origen colonial— se encuentran símbolos de la nación bajo los símbolos católicos. Esto en Inglaterra o Estados Unidos sería muy sorprendente, porque nuestra tradición mantuvo separadas a las iglesias del Estado.

Cuando en los años cincuenta empecé mis investigaciones en México me llamó mucho la atención que las bibliotecas estatales estuvieran en viejos edificios eclesiásticos: la Biblioteca Nacional estaba ubicada en la antigua iglesia de San Agustín y la Hemeroteca Nacional, en el que fue el Colegio de San Pedro y San Pablo. Y esto se debía a que, tras la nacionalización de los bienes del clero, el gobierno tuvo a su disposición una gran cantidad de propiedades raíces, situación que no tuvo equivalente en los Estados Unidos. En aquel momento vi con gran claridad la diferencia que había significado la relación entre el Estado y la Iglesia en nuestros países.

Además, en el caso de México, el concepto de separación Iglesia-Estado tiene un significado muy diferente: implica que la Iglesia se aparte de la política, pero que quede, hasta cierto punto, bajo el dominio del Estado. Para lograr este objetivo se requería de un Estado fuerte y autoritario. Radical o no —y esto lo aprendí durante los años en que reelaboraba mi tesis—, el liberalismo puede contener la idea de un Estado fuerte, y ésta fue otra de las características del liberalismo mexicano. Y el autoritarismo estatal en México inició en aquella época, conti-

nuó con el gobierno de Porfirio Díaz y, luego, con los regímenes posrevolucionarios. Esta tendencia sigue siendo un problema, pero ¿cómo se puede contrarrestar y encontrar un equilibrio? Es difícil, porque esa inclinación se refleja en las constituciones mismas. El padre Mora ya tenía esa preocupación desde sus años tempranos; la reinstalación del Senado después de la época radical de la reforma fue un intento por equilibrar los poderes; los "científicos", durante el porfirato, buscaron en un momento la adopción de instituciones que contrarrestaran el autoritarismo. Pero no se logró, y no sé si pueda lograrse en la época actual.

Considero que actualmente el autoritarismo mexicano está asociado al mito de la revolución. El siglo *xxx* mexicano vivió un mito unificador en torno al liberalismo, del cual los políticos no podían apartarse. Me llamó mucho la atención cuando conocí el famoso discurso de Francisco Bulnes, de 1903, aquél en el que llamaba a formar un nuevo partido. En él decía que era necesario formar un partido conservador. Esta idea la repitió la editorial del órgano informativo de los "científicos" al día siguiente. Pero en el momento no se aceptaba la idea de un partido conservador; sostener tal idea significaba traición a la patria. Hoy en día, casi todos los partidos políticos se identifican con el mito de la revolución y de la Constitución de 1917. En este punto resulta muy indicativo que Cuauhtémoc Cárdenas llamara a su organización Partido de la Revolución Democrática. Ahí está la referencia a la revolución, aún si la idea de Cárdenas es la de una nueva revolución, la anterior está siempre presente. ¿Cómo podrá alejarse el país de ese mito unificador? ¿Cómo funciona el PAN?, ¿ajeno al mito de la revolución? Tal vez el caso francés podría ayudar en algo. No estoy muy enterado de la historia contemporánea de Francia, pero esta nació

también había hecho de su revolución un mito unificador. Me parece que, con el tiempo, Francia fue dejando de lado esa idea. Ahora los partidos no tienen esa carga tan fuerte y pueden dar cabida a grupos conservadores sin considerarlos traidores.

Pero habría que subrayar que el autoritarismo en México ha sido menor que en otros países del continente. Este país ha sido afortunado por no haber padecido tiranías militares como las sudamericanas. El autoritarismo mexicano ha sido bastante suave, al menos hasta 1958 o 1959, cuando tuvieron lugar los movimientos de ferrocarrileros y maestros. El paso de un régimen autoritario a una democracia civil puede ser a veces sorprendentemente rápido, como en España. Ahí, el paso se dio después de muchos años del dominio de Franco. Las circunstancias mexicanas son distintas, desde luego. El agro está mucho más atrasado que en España; la población que se encuentra marginada en el campo y la ciudad es mucha y sin escolaridad. En España, sin estos problemas, resultó más fácil la incorporación de toda la gente a la vida democrática.

Para continuar queremos pedirle que nos hable un poco sobre su oficio de historiador, ¿cómo delimita su tema, organiza su trabajo y selecciona sus fuentes?

Como historiador soy muy tradicional, tanto en el tema que he tratado como en el método que he seguido. Esto presenta algunas desventajas, pero también muchas ventajas. Una de éstas ha sido el haber podido evitar, a lo largo de cuarenta años como investigador, el ser seducido por las muchas novedades metodológicas y teóricas que surgen constantemente. Mi tema, como lo he dicho antes, siempre han sido las ideas políticas y sociales —aun-

que de vez en cuando trato también las económicas— en México y Latinoamérica, estudiadas en su contexto histórico y de manera comparativa. Los modelos que he seguido son tradicionales: he tomado las propuestas de Tocqueville y Halévy, como ya lo he mencionado, así como la de Guido de Ruggiero, autor de una historia del liberalismo europeo.

En mis estudios sobre el liberalismo siempre me ha interesado identificar los supuestos intelectuales que guían la política. Para el caso de México, los encontré sobre todo en las ideas de José María Luis Mora, entre los años 1821-1853, y en la “política científica” del grupo de *La Libertad*, encabezado por Justo Sierra, durante la época del porfiriato. Estas ideas tenían raíces intelectuales europeas, por lo que me dediqué a rastrear sus orígenes; en otras palabras, me propuse identificar las propuestas europeas que influyeron en México —o en Latinoamérica— y el porqué. Esta explicación, que considero muy importante, conduce a la comparación de los contextos europeos y latinoamericanos.

En cuanto a las fuentes que he empleado para el estudio de las ideas mexicanas resultan útiles los archivos particulares de los intelectuales mexicanos del siglo XIX, pero el problema es que no siempre se conservan. En cambio, me han resultado fundamentales los textos impresos. Algunos resultan muy accesibles, como las obras de José María Luis Mora, Lucas Alamán, Mariano Otero o Justo Sierra. Otros resultan más difíciles de localizar, como muchos panfletos y debates parlamentarios. También son de suma importancia los periódicos, pues el contenido de los libros y panfletos con frecuencia se publicaba primero en la prensa. Incluso, algunas veces, en los diarios aparecía una versión distinta de la que después se recogía en forma de libro o folleto. Así, la historia de la publicación de un texto puede indicar cambios importan-

tes en ideas o supuestos intelectuales. Por ejemplo, es relevante saber que el famoso folleto de Telésforo García, titulado *Política científica y política metafísica*, publicado en 1887, había aparecido siete años antes en *La Libertad*, bajo la forma de una serie de artículos; que un año más tarde, en 1881, se había editado como folleto, si bien bajo otro título, y que había formado parte de la polémica filosófica sobre la educación positivista que tuvo lugar en aquellos años, debate que había perdido su importancia para 1887. En suma, el reto de la historia de las ideas, según lo veo, no consiste en buscar nuevos documentos y escritos inéditos, sino en identificar los supuestos intelectuales y los cambios en los textos ya conocidos.

Nos ha hablado de cómo se acercó a la historia de México, en donde es muy reconocido su trabajo ahora, y gracias al cual se ha ganado la estima de historiadores mexicanos. Por último, ¿podría hablarnos un poco sobre cómo ha sido su acercamiento a la historia de otras naciones latinoamericanas? ¿Qué dificultad encontraría un historiador mexicano que empiece, como nosotras, si quisiera abrir su campo de estudio a la historia del subcontinente?

Mi acercamiento a la historia de otros países latinoamericanos derivó de dos fuentes. La primera fue la enseñanza, pues en Estados Unidos casi todos los profesores (independientemente de la especialidad) somos profesores de "historia latinoamericana" y tenemos que impartir cursos generales sobre varios países y, por tanto, comparar diferentes experiencias nacionales. La segunda fuente proviene de mi interés especial por la historia de las ideas, que me condujo a buscar fuera de México. En ello debo reconocer la influencia de Leopoldo Zea, pionero en

la historia de las ideas en Hispanoamérica, pues, a pesar de las discrepancias de método que tengo con su trabajo, sus obras fueron muy importantes para mí.

La oportunidad de escribir sobre temas continentales se abrió gracias a la invitación a participar en la Cambridge History of Latin America. Mi contribución a la serie me costó mucho trabajo pues exigía establecer comparaciones más o menos a fondo sobre la experiencia ideológica de cinco países. Esa experiencia fue importantísima, pues no sólo me abrió nuevas perspectivas para el estudio de la historia de México sino que me brindó la posibilidad de un grato y benéfico contacto con historiadores de otros países latinoamericanos, sobre todo argentinos.

En cuanto a la segunda parte de la pregunta, creo que existen dos razones que a lo largo del tiempo han dificultado la posibilidad de que los historiadores mexicanos abran su campo de estudio a otros países. Primero, la arraigada tendencia a la "historia patria", una corriente tradicional patrocinada directa o indirectamente por el Estado. Además, tengo la impresión de que existe un problema de recursos, pues México no tiene las grandes bibliotecas de Estados Unidos y Europa, que están nutridas de libros y documentos de varios países latinoamericanos. La única salida para un mexicano que quiere estudiar Argentina o Perú es hacerlo en los países mismos o, hasta cierto nivel, en los Estados Unidos o en lugares selectos de Europa. Pero, considerando la creciente internacionalización y profesionalización de la historiografía a la que me referí anteriormente, creo que hay esperanza de cambio y, como decimos en inglés, "where there's a will there's a way" ("donde hay voluntad hay manera"). Lo importante es que ustedes hayan hecho la pregunta, ése es el primer paso hacia el cumplimiento de su deseo. Buena suerte. □